

BEATRIZ.

Sí, por ese postigo.

DON CARLOS.

Pues bien, ya no hay disimulo,  
Pues lo oiste eso ha de ser;  
Que tú no te has de oponer  
Al santo voto calculo.

BEATRIZ.

Mucho me abrieron los ojos  
Sus razones, y por eso  
Que siento en mí te confieso  
De no ir al convento antojos.

DON CARLOS.

¿Qué es lo que hablas, Beatriz?

BEATRIZ.

Jóven y hermosa, á mi ver  
Me figuro que he de ser  
En el mundo mas feliz.  
Justo es consagrarse á Dios  
Con un corazon leal,  
Pero se parte muy mal  
Un corazon entre dos.

DON CARLOS.

¿Le amas! infame.

BEATRIZ.

Sí, le amo.

Desque ví tu falsedad,  
De su amor mi voluntad  
Escuchó el dulce reclamo.  
Terrible es la tentacion  
Y en mí resistir no cabe,  
Mas Dios es benigno, y sabe  
Que hizo flaco al corazon.  
Un vértigo irresistible  
Mi mente débil trastorna,  
Y en otra mujer me torna  
Un talisman invisible.  
Amparo en mi duelo imploro;  
Mas en alas del deseo  
Por todas partes le veo,  
En todas partes le adoro.

DON CARLOS.

¡Oh vil corazon de tierra,  
Que consagrado al altar  
No quieres impío ahogar  
El amor que en tí se encierra!  
¿Sabes que el convento es  
Tu fatalidad, tu sino?  
Es el único camino  
Que te se abre ante los piés.  
Cuantos mundanales lazos  
Le interpongas ¡insensata!  
Ese poder los desata,  
Sí, los hace mil pedazos.  
Corre, pues, del mundo en pos,  
Mas mira, necia mujer,  
Cómo se muestra el poder  
Y la voluntad de Dios.

Y así Cárlos diciendo, unos papeles  
A Beatriz atónita entregó,  
Y al recibirlos su abrasada mano  
Tembló y su corazon.  
Asaltóla fatal presentimiento,  
Y una ojeada veloz  
Echando á los papeles, la sentencia  
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel  
Fué sepultado y condenado en pos,  
Y en el dia siguiente ser debía  
Puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos á la fecha del impreso  
La desolada Beatriz tendió,  
Y desplomóse en tierra sin sentido  
La fecha era tres dias anterior.

## XII.

Treinta dias despues, una mañana,  
En una estrecha celda del convento  
Donde estuvo Beatriz, agudo acento  
Sonó de una campana.  
Y á su cóncavo son estremecidas  
Dos personas que habia en su recinto,  
En un suspiro lúgubre y distinto  
Dieron señal de conservar sus vidas.  
Mas de una hora de silencio triste  
Dentro del aposento ambas pasaron,  
Severo el hombre y la mujer llorosa:  
Mas de una hora lenta y silenciosa  
La campana esperaron.  
Una mujer y un hombre  
Los que aguardaban eran,  
Ella en espeso velo  
Velar quiere su faz y desconsuelo,  
Y en consecuencia callará su nombre.  
El hombre era un mancebo que embozado  
Sin ceremonia alguna hasta los ojos  
Mostraba los enojos  
Que tal vez le traian acuitado,  
En su inquieta mirada  
Y en su postura incómoda y forzada.  
De la campana al son él fué el primero  
Que se alzó de su silla,  
Y la faz melancólica, amarilla  
De don Cárlos mostró bajo el sombrero.  
Fijó en su compañera  
Una de sus miradas  
Confusas y taimadas,  
Entre desconfiada y altanera,  
Y con pausada voz y bronco acento  
Así la dijo, y contestóle ella  
De grave reflexion tras un momento.

DON CARLOS.

¿Con que profesas por fin?

BEATRIZ.

Es la voluntad de Dios.

DON CARLOS.

¿Y te sometes con gusto?

BEATRIZ.

Con santa resignacion.  
Cuanto estorbarlo pudiera  
De delante me quitó,  
Abrió bajo de mis plantas  
La senda de salvacion,  
Y el rumbo de mi destino  
Tan claramente marcó,  
Que no tuve voluntad  
Ni escusa en tal eleccion.  
Amor sentí solamente  
Por un hombre que murió,  
Y por el cual siempre hubiera  
Vacilado el corazon.  
Tal vez en este momento,  
Al elegirme un señor,  
Tornárame á él si viviera,  
Mas no es dura imposicion  
La que de este amor es exigido  
El destino vengador,  
Si me condena á vivir  
En silencio y oracion,  
Rogando por él al cielo  
Que mi inocencia miró.  
Y esto baste, hermano mio,  
De este asunto entre los dos;  
Olvido al umbral del claustro  
Lo que en el mundo pasó;  
Sed, pues, hermano don Cárlos,  
En él tan dichoso vos,  
Como en mi celda encerrada  
Ser dichoso espero yo.  
Yo os perdono los pesares  
De que habeis sido ocasion,  
Todo cuanto á mí me toca;  
El mal que á él hicisteis, no.

DON CARLOS.

Fué guerra noble y leal,  
Suya la provocacion,  
Tuve mas suerte ó mas tino,  
Y yo vencí y él cayó.

BEATRIZ.

Callad, hipócrita vil,  
Callad, lengua de escorpion,  
No le vencisteis cual noble,  
Le vencisteis cual traidor.

DON CARLOS.

¿Beatriz!

BEATRIZ.

Basta, vendrá un dia  
En que á la par él y yo  
Os demandemos su muerte  
Ante el tribunal de Dios.

DON CARLOS.

No faltaré á responderos.

BEATRIZ.

Basta, hombre sin corazon;  
Quede desde este momento

Todo el mundo entre los dos.  
Yo cumplo así de mi madre  
El voto, y guardo mi honor,  
Y vos cumplís los deseos  
De vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos

En el largo corredor

Do estaba abierta la celda,

Y entraron en procesion

Con blandones en las manos,

Grande aparato y rumor,

Las monjas con el obispo

Que á la monja apadrinó,

Y el coro de los cantores

Y el padre predicador.

Y tras muchas ceremonias,

Y tras de larga oracion,

Llevaron á Beatriz

Al ara en que profesó.

Nadie preguntó en la iglesia

Si tenia vocacion

Para monja la novicia,

Ni si iba gustosa ó no.

Hubo por oír y ver

Las ceremonias mejor,

Alfilerazos de á terciá,

Grita, vaiven y empujon.

Mucha música de orquesta,

Mucho chantre de honda voz,

Muchos chicos, muchos calvos,

Muchos mozos de intencion

Muy profana, y de curiosos

Incomparable monton,

Muchísima irreverencia

Y muchísimo calor.

Y con esta tumultuosa,

Solemne inauguracion,

Vió el pueblo una fiesta mas,

Y Beatriz monja quedó.

## XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,

Y aunque triste, tranquila

A su muerte con fé se ha sometido,

Y en ella no vacila.

Los usos del convento

No la molestan ya, ni el abandono

Del claustro apesadúbrala un momento.

De santa calma y de virtud modelo,

Olvidada del mundo,

Vive esperando en el futuro cielo.

Delicioso y suave, aunque profundo

Recuerdo de pesar tal vez la acosa,

Y aunque al silencio y la oracion acude,

La sombra de Don César amorosa

No aleja ni sacude

De su mente exaltada y calurosa.



Mas ¡ay! vision de su alma solamente,  
 En su memoria solamente vive;  
 Solo ella la concibe  
 Para adorar en ella eternamente.  
 Mas muerto ya el galan, de su memoria  
 Por apartar no lucha  
 Su desdichada historia,  
 Y de su corazon la voz escucha.  
 Y en su oracion acaso solitaria,  
 Tal vez la niña ignora  
 Si cuando atenta ora,  
 A él o por él dirige su plegaria.  
 Así pasa la vida  
 La hermosa Beatriz, á su fortuna  
 Con calma sometida,  
 Y al mundo vil sin conservar ninguna  
 Aficion corrompida.  
 Y así un dia en el coro,  
 En hora bien temprana,  
 Salmos al son del órgano sonoro  
 Elevaba á la Virgen soberana,  
 Y con intensa devocion oía  
 Los divinos oficios, y los ojos  
 En el lejano altar fijos tenia,  
 Cuando como una sombra que evocada  
 De la tumba saliera,  
 La figura de un hombre recatada  
 Cruzó la nave, y rapida mirada  
 Fijó en los ojos de la monja, y fiera  
 Convulsion asaltó de la novicia  
 El corazon medroso;  
 Y algun atento observador dijera  
 Que su vista fatal la maleficia.  
 El hombre misterioso  
 Se arrodilló del coro ante la reja,  
 Y aunque vuelto de espaldas, el embozo  
 Su contorno real mirar no deja,  
 Muestran que es noble y mozo,  
 La rizada guedeja  
 Que asoma sobre el cuello,  
 Y el puño que se alcanza de su espada,  
 Con primor cincelada  
 De su señor en él la cifra y sello.  
 Los ojos de la monja  
 Si fuego en vez de luces despidieran,  
 La espalda del incógnito abrasaran,  
 Y á fé que presto su atencion llamaran,  
 Y á los suyos sus ojos se volvieran.  
 Inmóvil, afanosa  
 En batalla interior, mas no espresada,  
 Mas de una hora mortal la niña hermosa  
 De hinojos se mantuvo, y su mirada  
 No se apartó del hombre misterioso  
 Que oraba ante la reja silencioso;  
 Mil lisonjeros sueños,  
 Mil bellas fantasías,  
 Mil fútiles manías  
 La mente la asaltaban,  
 Y el débil corazon la estremecian  
 Con mentidos delirios halagüeños.  
 Y los oficios ya se concluian,  
 Y del coro las monjas se alejaban,  
 Y el hombre estaba en su lugar de hinojos,

Y Beatriz en él fijos los ojos.  
 De devocion esceso lo juzgaron,  
 Y la madre abadesa  
 Dió de no interrumpirla órden espresa,  
 Y en el coro á Beatriz sola dejaron.  
 El embozado entonces  
 Apoyando en las verjas una mano  
 Para ponerse en pié, dejó profano  
 Un billete caer sobre la alfombra  
 Delante de la monja, y la ancha nave  
 Volvió á cruzar como evocada sombra.  
 Así maquinalmente  
 El billete Beatriz, y aquel parándose  
 Delante del umbral, desembolándose,  
 Su faz mostró á la monja de repente.  
 Dió un grito Beatriz hondo y doliente,  
 A los hierros del coro abalanzándose;  
 Mas en el punto mismo,  
 Levantando el tapiz huyó el incógnito  
 Cual si sorbido hubiérale el abismo.  
 ¡Con cuánto afan leia  
 Un momento despues allá en su celda  
 El billete Beatriz! Y aun no queria  
 Dar á la realidad asentimiento,  
 Porque en su pensamiento  
 La realidad amarga no cabia.  
 Mil veces le leyó, y otras mil veces  
 Tornó á su negra duda,  
 Hizo y dijo un monton de insensateces  
 Sin razon que le acuda.  
 Ya sin tino reía,  
 Ya doliente lloraba,  
 Ya con íntimo afan desesperaba,  
 Y á veces su destino maldecia  
 Y la faz se mesaba.  
 ¡Conque vive? (decia)  
 ¡Vive? ¡necia de mí! y en este encierro  
 Mientras él por el siglo me buscaba,  
 Labré mi tumba y preparé mi entierro!  
 Llámame desleal, pérfida, ingrata,  
 Y de mí se despidió:  
 ¡El pesar ó la cólera me mata!  
 ¡Y parte! y el misterio de su muerte  
 No explica en su papel... ¡Cielos tiranos,  
 Con qué estrella nací! ¡cuán dura suerte  
 Me dan vuestros decretos inhumanos!  
 Y así Beatriz diciendo,  
 Y con furia inaudita,  
 El billete en pedazos esparciendo,  
 En un hondo sitial se precipita,  
 Contener no pudiendo  
 La estraña convulsion con que se agita.

Mil proyectos insensatos,  
 Mil ideas de esperanza,  
 El despecho y la venganza,  
 Ofuscando su razon,  
 La traen al pensamiento:  
 Y la ira y la amargura,  
 Y el coraje y la pavura  
 La roen el corazon.

Profunda melancolia  
 A traicion se le devora,

Víbora envenenadora  
 Que con él ha de acabar,  
 Y lenta é inestinguible,  
 Que ni respirar la deja,  
 Fiebre ardorosa la aqueja  
 Que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre  
 Sin alivio de un momento,  
 Acosan su pensamiento  
 Mil delirios en tropel:  
 Asaltan su fantasía  
 Mil imposibles antojos,  
 Y llanto vierten sus ojos,  
 Mas amargo que la hiel.

Y despues de largas horas  
 De buscarla en el convento  
 La hallaron en su aposento  
 Casi fuera de razon,  
 Y temiendo por su vida,  
 Su palidez contemplando,  
 Remedios amontonando  
 En su torno en confusion;

Las pobres madres atónitas,  
 Con los deseos mejores  
 Enviaron por sus doctores  
 Con precisa prontitud;  
 Mas una sola palabra  
 De Beatriz no sacaron,  
 Ni de sus drogas lograron  
 Probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos  
 No aciertan con su dolencia,  
 Nadie logrará la ausencia  
 De su repentino mal;  
 Y en vano su ciencia apuran,  
 Sus elisires destilan  
 En vano; no, no aniquilan  
 Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida  
 Por fuego íntimo y secreto  
 Busca en vano un amuleto  
 Contra tal desolacion;  
 Mas en vano los doctores  
 Con sus brebajes la afligen,  
 Si del mal está el origen  
 En su ardiente corazon.

¡Ay! qué saben que su llanto  
 Ocasiona y sus suspiros,  
 Ni quién tan fatales giros  
 A sus desvarios da?  
 "¡Lejos de mí!" grita á impulso  
 De su horrible calentura,  
 "¡Vuestra vista es mi tortura!  
 ¡Quien de vos me librará!"

"Lejos de mí! lejos, lejos!  
 Fieros espectros con tocas,

Que con hipócritas bocas  
 Me predicais la virtud,  
 Y con fraternales manos  
 Me habeis tejido este traje  
 Con que mas horrenda bajo  
 Despechada al ataud.

Lejos, dejadme tranquila!  
 Me estais ahogando... ¡aire dadme,  
 Abrid las rejas... dejadme  
 El ambiente respirar...  
 Y así Beatriz diciendo,  
 Se desespera y se agita  
 Con violencia inaudita,  
 Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre  
 La debilita y la estenna,  
 Y en un letargo se atenua  
 De su delirio el ardor,  
 Y las madres aterradas,  
 Conjurán con oraciones  
 De sus horribles visiones  
 El tropel fascinador.

Mas ¡quién sabe lo que puede  
 De una pasion el arroyo?  
 Como á impulsos de un antojo  
 De enfermo que la asaltó,  
 Pálida como un espectro  
 A la mañana siguiente,  
 En el coro de repente  
 Beatriz se presentó.

Hincóse junto á la reja  
 Grave devocion fingiendo,  
 Y las miradas tendiendo  
 Por el templo desde allí,  
 Y en un pilar apoyado,  
 Con semblante de tristeza,  
 Vio al misterioso embozado  
 Aunque grave y sobre sí.

¡Y quién medir osaria  
 Hasta qué término alcanza  
 El arroyo y la esperanza  
 De una rebelde pasion!  
 Nadie; es un libro cerrado  
 De quien nadie sabe el uso:  
 Secretos son que Dios puso  
 Del hombre en el corazon.

XIV.

Una semana despues,  
 Y en noche sombría y triste,  
 Mientras doblaba en la torre  
 El esquilon de maitines,  
 Por un callejon estrecho  
 Y lóbrego, donde límites  
 Tiene el convento, y do llegan

Las tapias de los jardines,  
Ponia un hombre una escala  
Sobre ellas, y á que le inviten  
Con seña, quedó esperando,  
De aquella escala á servirse.  
Favorécele la noche,  
Que es tan oscura, que impide,  
Que las tinieblas rasgando  
Ni un astro en el cielo brille.  
Aspero viento de Octubre  
Azota la tierra, y gime  
Próxima lluvia anunciando  
Con neblina imperceptible.  
Todo en la ciudad reposa,  
Ni un viviente se percibe  
Por las calles, ni una luz  
Que turbia las ilumine.  
Solo á lo lejos se escuchan  
Las agudas y sutiles  
Notas del canto del gallo,  
Y el ronco son que al oírle  
Lanzan ladrando los perros  
Y que los ecos repiten,  
Y no hay en el barrio entero  
Quien por el barrio vigile.  
Medrosas horas son estas,  
Y que el espíritu afligen,  
Porque despiertan los vanos  
Sueños que en el alma viven,  
Horas en que mil fantasmas  
Se levantan invisibles,  
Y alrededor nuestro vagan,  
Y que nuestra fé persiguen,  
Por ver si logran acaso  
Que la fé nuestra vacile  
Con el pavor y el recelo  
Que al corazón comuniquen.  
Horas medrosas son estas,  
Porque siempre las eligen  
Los que crímenes proyectan  
Para sus juntas y crímenes.  
Mas sin pavor ni recelo,  
Con ánimo osado y firme  
El de la escala la calle  
Con pasos pausados mide.  
De cuando en cuando parándose,  
Hasta el aliento reprime,  
Por si oye lo que sin duda  
Espera que ha de advertirle.  
Mas ni la calma le enoja,  
Ni la neblina que sigue  
Calando sutil su capa:  
Ni en si pueden descubrirle  
Piensa, según lo tranquilo  
Que permanece, el repique  
Oyendo del esquilon  
Y el eco de los maitines,  
Que viene á ahogarse en los aires  
Que hiende apenas sensible.  
Señal cautelosa en esto  
Sonó dentro los jardines  
Del convento, y de la escala  
Empezó el hombre á servirse.

Recojióla desde arriba,  
Y comenzando á escurrirse  
Del lado opuesto, la calle  
Dejó enteramente libre.

Y en un retirado asiento  
Escondido entre unos árboles,  
Entre sentada y tendida,  
Una mujer triste yace.  
Y el hombre que por las tapias  
Saltó, á sus pies arrojándose,  
Así la dice, y así ella  
En los brazos estrechándole.

ELLA.

¡Conque es verdad que no has muerto

EL.

Solo un hombre tan infame  
Como tu hermano, pudiera  
Tan gran falsedad contarte.

ELLA.

Mas yo leí tu sentencia.

EL.

Sí, pero tres dias antes  
Del indulto que el rey quiso,  
Como yo esperaba, enviarme.

ELLA.

¡Ay! necia que le he creído!

EL.

Espero que sincerarme  
No necesito contigo  
De mis hechos ni mi sangre.

ELLA.

No, César, que los conozco  
Desde una noche escuchándote  
Os sorprendí en mi ventana,  
Pidiendo á Dios que me amases  
Como yo te amaba á tí,  
De verte desde el instante.

DON CESAR.

¡Maldita sea, Beatriz,  
Mi fortuna miserable!  
Si entonces mi entendimiento  
El porvenir penetrase,  
No con tu hermano mi tiempo  
Pasara en pláticas tales.  
El corazón á estocadas  
Valiera mas traspasarle.  
¡Oh! mi conciencia está libre,  
Mis hazañas criminales  
Como chistes se celebran;  
Poseo riquezas grandes  
Y un valor tradicional  
Que de mucho me precave;  
Yo tengo patria y amigos;  
Mas, ¡qué todo ello me vale  
Si el único bien que anhelo  
Es solo el que no me cabe!  
¡Ah, te engañaron, Beatriz,  
Y á mí debieron matarme!

BEATRIZ.

¡Me aterras, César! ¡Acaso  
Mi monjío es mal tan grave,  
Que no queda medio alguno...?

DON CESAR.

¡Oh! calla, inocente! nadie  
Puede romper tus cadenas  
Con motivo semejante.  
Si la voluntad de todos  
En este negocio entrase,  
Yo lo compusiera en Roma  
A costa de mis caudales;  
Pero epuesta tu familia  
Mas que á tu amor, á tu enlace,  
Y espuestos de ese Don Carlos  
A los arduos cobardes,  
Es imposible del todo.

BEATRIZ.

Tú quieres desesperarme;  
Tus palabras son eufugios  
Solo para abandonarme.

DON CESAR.

Calla, Beatriz, que me ofendes:  
No hay sacrificios capaces  
De contener mi ardimiento  
Cuando de tu amor se trate.

BEATRIZ.

Pues bien, huyamos de aquí,  
César; de este infierno sácame,  
Donde sabiendo que vives  
Imposible es sujetarme.  
Yo misma, sí, con mis manos,  
Sin que mucho tiempo tarde,  
Me daré muerte, si pronto  
No me matan mis pesares.  
Sé, César, que son ahora  
Mis intentos criminales,  
Mas no me culpen á mí,  
Sino á la suerte implacable.

DON CESAR.

Pero y los votos!

BEATRIZ.

Son nulos,  
Pues los pronuncié ignorante,  
Despechada de perderte,  
De la voluntad sin parte.

DON CESAR.

¡Ay, Beatriz! todo el mundo  
No pudiera, no, aterrarme  
Con su justicia impotente,  
Ni sus leyes despreciables;  
No hay peligros en la tierra  
Que me arredren y me espanten,  
Mas creo en el cielo, y temo  
Contra su ley rebelarme!

BEATRIZ (levantándose.)

Ya me lo temia, ¡imbécil!  
Adios para siempre, parte!

DON CESAR.

Aguarda, Beatriz, escucha.

BEATRIZ.

Ya á espacio podrás hallarme.

DON CESAR.

¡Adónde?

BEATRIZ.

En la eternidad,  
Adonde voy á esperarte.

DON CESAR.

No, ¡vive Dios! despechada  
No has de quedar, ni marcharme  
Podré yo faltas creyéndome,  
Ni así enojada dejándote.  
Habla, ¡qué quieres? qué esiges?  
Los horrendos peñascales  
De Córdoba están abiertos:  
Si las fronteras distantes;  
Si no hay tiempo á otras regiones  
Lejanas para llevarte,  
Volveré á ser bandolero.  
¡Elige, pues, si te place!

BEATRIZ.

Ah, tú eres, sí, te conozco  
En tus ofertas leales;  
Tú eres, sí, tú eres mi César,  
Siempre generoso y grande.  
Vamos, pues.

DON CESAR.

Hoy, imposible:  
Nuestra fuga que prepare  
Deja, ó disponte á morir,  
Malogrados esos planes  
De felicidad futura.

BEATRIZ.

¡Cuándo, pues?

DON CESAR.

¡Cuándo? cuanto antes

BEATRIZ.

Mañana mismo.

DON CESAR.

Mañana.  
Yo haré que nada nos falte;  
Caballos, oro y amigos  
Que las espaldas nos guarden.

BEATRIZ.

Adios, pues y hasta mañana,  
Que ya las hermanas salen  
Del coro, y acaso á mi celda  
Vaya alguna á visitarme,  
De mi salud cuidadosa.

DON CESAR.

Ve, y mañana alerta estate.  
Cruzó la monja el jardín,  
Y el bandido asegurándose  
De la pared, por la escala  
Volvió á bajar á la calle.  
Quedó otra vez en silencio

Todo allí, y volvió á escucharse  
En la oscuridad tranquila  
El son del agua y del aire.

## XV.

Si debe temer al cielo  
Quien en nombre suyo jura,  
Por un objeto de tierra,  
Promesa mundana y sucia,  
¿Qué no ha de temer quien votos  
A faz del cielo pronuncia,  
Y temerario los rompe  
Y con voluntad segura?  
Así los sabios lo dicen,  
Y las sacras Escrituras  
Cuentan ejemplos que muestran  
De Dios la venganza justa.  
No hay nadie que á Dios iguale,  
Y con ningun ser, en suma,  
Lo que se le ofrece á Dios  
Puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche  
Para la resuelta fuga  
De Beatriz, y la hora  
Señalada el reló anuncia.  
Don César está en la calle  
A la sombra de la única  
Puerta que hay en toda ella,  
Y entre dos postes oculta.  
Beatriz en la misma hora  
Con planta medrosa cruza  
Del gótico monasterio  
Las galerías oscuras.  
Su misma accion criminal  
Que su conciencia la acusa,  
El corazon y la mente  
La amedrentan y la turban.  
Flaquéanle las rodillas,  
Y con la congoja suda,  
Y mil temores la asaltan,  
Mil diabólicas figuras  
Presentándola á los ojos,  
Que feas sombras la anublan,  
Y de medrosas memorias  
Recordándola ancha turba.  
Una bujía en la mano  
Lleva, que apenas alumbra  
Sus pasos, porque vacila.  
Al soplo del aura húmeda,  
Y cuyo esplendor escaso  
Tragan, consumen y ofuscan  
Las gigantes dimensiones  
De las estancias que ocupa.  
Llegó por fin poco á poco  
A merced de la luz turbia,  
Al coro que abandonado  
Yace en soledad profunda.  
Ante un altar do hay un Cristo  
De primorosa escultura,

Una lámpara de plata  
Esparce luz moribunda.  
Ya á sus trémulos reflejos,  
En muchedumbre confusa,  
Cuantos objetos se alcanzan  
Se confunden y se ofuscan.  
Una llamarada á veces  
Todos los mezcla y los junta,  
De modo que se recela  
Que las bóvedas se hundan;  
Y otra llamarada á veces  
Con su claridad sulfúrea  
Los aleja de tal modo,  
Que se pierden en la hondura  
De la masa de tinieblas  
En que los cerca y sepulta.  
Fuerza es que á la pobre monja  
Respeto y pavor infunda  
Tal lugar, y con el miedo  
Que sus creencias abulta.  
Mas con un violento esfuerzo  
Sobre su misma pavura,  
Avanzó al medio del coro  
Hacia la puerta que busca.  
Involuntario respeto,  
Fé que el corazon la impulsa  
En semejante momento,  
Y antigua costumbre justa,  
La hicieron arrodillarse  
Ante la santa escultura  
Del divino Redentor.  
Mas ¡cielos! ¡cuál fué su angustia,  
Cuando al querer levantarse  
Sintió que una mano enjuta  
La asia por los cabellos.  
Y una voz oyó mas ruda,  
Mas poderosa que el eco  
Que con el trueno retumba,  
Que la dijo: "¿dónde vas?"  
Enojada é iracunda.  
Cayó Beatriz en tierra  
Sin sentidos que la acudan,  
Y apagándose la lámpara,  
Todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche,  
Y allá en la calle don César,  
Hora tras hora aguardando  
Pasaba la antigua seña.  
Mas nada en torno se escucha,  
Nada en los jardines suena  
Mas que el rumor de las ramas  
Que agita el viento que arrecia.  
La lluvia cae aumentándose,  
Tan furiosa y tan espesa,  
Que aun á pesar del embozo  
La faz le azota y le ciega.  
Noche de angustia y de duelo,  
Terrible noche es aquella  
En que hasta los elementos  
A sus proyectoros atentan.  
Por fin, de esperar cansado,  
Y viendo ya el alba cerca,

Juzgó que para otra noche  
Su fuga la monja deja.  
Mañana volveré, dijo,  
En los oficios á verla,  
Y esplicará este misterio  
Una carta ó una seña;  
Y así pensando, embozándose  
Precavido hasta las cejas,  
A abandonar se dispuso  
La lóbrega callejuela;  
Mas al llegar á la esquina,  
Otro embozado que llega  
De la otra parte á doblarla  
Casi por la misma acera:  
"¿Quién va? dijo echando mano  
Al estoque.—Sea quien quiera,  
"Pasad por nuestro camino  
"Que estorbároslo no intenta."  
—Yo conozco vuestra voz.  
—Y yo conozco la vuestra.  
—No me ayuda la memoria  
A poder reconocerla.  
—Ni á mí tampoco, aunque siento  
Que la sangre se me altera  
Tan solo con escucharla:  
—Mas ¡voto á Dios! tú eres César!  
—Y tú Carlos.—Si.—Defiéndete.  
—Y tú tambien, porque acierta  
Mi corazon el motivo  
Porque en tal sitio te encuentras.  
—Por tu hermana solamente,  
Que te maldice en su celda,  
Y que de toda su vida  
Te pedirá un dia cuentas.  
—No serán, mientras yo aliente,  
Realizadas sus ideas.  
—Habla menos y da mas,  
Que se agota mi paciencia.  
—Ven, pues.

—Voy, y Dios te ayude,  
Que pues nos junta lo aprueba.

Chocáronse con estrépito  
Las hojas en las tinieblas,  
Y comenzaron las manos  
Donde acabaron las lenguas.  
Con ira riñe don Carlos,  
Y con coraje don César,  
Y ambos muestran igual brío,  
Y entrambos igual destreza.  
Ni el uno ni el otro ceden,  
Ni pierden un pié de tierra,  
Clavados están los dos  
Por las plantas á las piedras.  
Cansado don Carlos ya  
De ver tan igual pelea,  
Todo á un golpe lo aventura  
Con cólera manifiesta;  
Mas una fiera estocada  
Al tirar contra don César,  
Y huyendo éste, y dando en vago,  
Fué el cuerpo tras ella.  
Y el enemigo, que á tiempo

Ventaja tal aprovecha,  
Pasóle de parte á parte,  
Y dió blasfemando en tierra.  
Brotó espumosa la sangre  
Por las dos bocas opuestas  
Que en la espalda y en el pecho  
Dejó el ancho hierro abiertas,  
Y el espíritu don Carlos  
Lanzando á la vez por ellas,  
Quedó en la calle sin vida,  
Y huyó vengado don César.

## XVI.

## CONCLUSION.

A la mañana siguiente  
Y apenas despuntó el sol,  
Ya Don César á la puerta  
Del convento se apostó:  
Y apenas abrió el portero  
El claveteado porton,  
En un rincón de la iglesia  
Cual siempre se colocó.  
La hora de los oficios  
Vibró lenta en el reloj,  
Y doblaren las campanas  
Con desusado clamor;  
Fueron al coro las monjas  
Saliendo de dos en dos,  
Y colocándose fueron  
De un féretro en derredor;  
Y en vez de salmos alegres  
De los justos en loor,  
Los salmos de los difuntos  
Cantaron en ronco son.  
Sus solícitas miradas  
Por todo el coro tendió  
Don César, mas quedó al punto  
Petrificado de horror.  
La sangre cesó en sus venas  
De hervir, y en el corazon  
Como témpano de hielo  
Toda á un tiempo se agolpó.  
Espesa niebla en los ojos  
Con rápida oscilacion  
Le confundió los objetos,  
Y al cabo le mareó.  
—¡Es ella! dijo espantado,  
Y entendiendo con pavor  
Todo el horror del suceso,  
Ante las verjas cayó!

La muerte de Beatriz,  
Con religioso temor,  
Un hombre al volver en sí  
Ya en la calle le contó;  
Y aunque dió á toda la historia  
Profana interpretacion,  
En ella entendió Don César  
El llamamiento de Dios.

Bañado en amargo llanto,  
A los piés de un confesor  
El espantoso relato  
Depuso de su pasión.  
El amor de Beatriz,  
Con el rapto que intentó,  
Y la muerte de Don Carlos  
Hecha en la noche anterior;

Y traspasada su alma  
De hondísima contrición,  
A las montañas de Córdoba  
Desesperado volvió.  
Mas no pensó en habitarlas  
Como oculto salteador,  
Sino como penitente,  
Pidiendo al cielo perdón.



## UN TESTIGO DE BRONCE.

### LEYENDA TRADICIONAL.

#### PRIMERA PARTE.

##### CAPITULO PRIMERO.

*De cómo un noble mancebo, acosado por una pesadilla, se despertó una mañana, bendijo á Dios y recibió una carta; cuyas tres cosas dan conveniente principio á la presente leyenda.*

Un elaró sol de Junio en el oriente  
Comenzaba su curso una mañana,  
Serenó y esplendente,  
El azul del zenit tornando en grana,  
Fecundidad lozana  
Ostentaba do quier naturaleza  
Con la verdura que cubria el prado,  
Y con la amarillez que á la corteza  
Daba del fruto aun no sazonado,  
Y á la espiga del trigo en él sembrada.  
A los rayos del sol espectadores  
Empezaban los sueltos jilguerillos,  
Los mirlos y los pardosruiseñores  
A elevar escondidos en las ramas  
Su armoniosa voz: y entre las flores  
Empezaban mil varios insectillos  
A estender sus alitas de colores.  
Naturaleza, en fin, rica y fecunda  
Derramaba do quiera  
Los preciosos tesoros de que inunda  
La terrestre mansion, la primavera,  
Que huía con rápida carrera.  
En medio de este inmenso panorama  
De belleza, de luz y armonía,  
Que el nuevo sol á iluminar salía,  
Y que mundo se llama;  
Uno de los mil puntos alumbrados  
Es el punto no mas que en este día,  
Por los hechos en ella relatados,

Necesita marcar la historia mia.  
Corte entonces severa  
De Felipe segundo,  
Digna Valladolid entonces era  
Del católico rey dueño del mundo.  
La gala y la nobleza,  
La virtud y riqueza,  
Y la fé de la gente castellana  
Encerraba en su seno  
Su ancho recinto, que la corte lleno  
Tenia con su sólida grandeza.  
Solida, sí, porque Castilla ufana  
Podia ver entonces su bandera  
Por mil apartadísimos lugares  
Tremolar altanera,  
Respetada en las tierras y en los mares.  
Es verdad que se usaban por entonces,  
Y aun andaban en boga  
Con los autos de fé y el santo oficio  
Las hogueras, los tajos y la eoga;  
Mas tambien es verdad que astuto el vicio  
Burlaba su poder, oculto asilo  
En las casas recónditas hallando,  
Y adorado y tranquilo  
Seguia como siempre prosperando  
Y en el mundo reinando.  
Pero con la ventaja no pequeña  
De que al creyente que en virtud vivia  
La torpe desnudez no le ofendia,  
Con que hoy el vicio sin pudor enseña.  
Mas volvamos al día y á la hora  
En que Valladolid del sueño alzaba  
La frente, y con la luz de nueva aurora  
Al afán de la vida se tornaba.  
Y como cualquier hecho que se cuente  
Se debe de narrar lógicamente,